



¿Sabrá alguien decirme quién soy?

Gina Berrault

Escritora estadounidense (1926-1999) de prolífica trayectoria.

Tocó distintos géneros: cuentos, novelas, adaptaciones cinematográficas y guiones consiguiendo con ello algunos premios literarios de reconocido prestigio en Estados Unidos (PEN/Faulkner Award, National Book Critics Circle Award, Bay Area Book Reviewers Award y Reo Award for the Short Story). También impartió talleres de escritura.

Fue su recopilación de 35 cuentos *Women in Their Beds* (Washington, DC: Counterpoint, 1996) con lo que obtuvo mayor éxito. Aquí recogemos una traducción de uno de ellos titulado *Who Is It Can Tell Me Who I Am?* porque nos parece un ejemplo muy claro de esa visión norteamericana de la Biblioteca como lugar protector, como espacio para todos.

Alberto Perera, bibliotecario, no confiaba en los perfiles policiales de tipos peligrosos. A lo largo de la historia había habido muchísimos escritores de aspecto sospechoso, y a menudo se les había confundido con asesinos, contrabandistas, fugitivos de la justicia..., en suma, delincuentes de todo tipo. Pero lo cierto era que el joven que acababa de invadir su santuario, con las manos ocultas en los bolsillos de una parka verde lastimosamente gastada, bien podía ser un lunático dispuesto a matar a otro bibliotecario. En Sacramento dos bibliotecarios habían sido asesinados a tiros mientras trabajaban y en Los Ángeles un pirómano había prendido fuego a la biblioteca central. Perera disfrutaba de la vida y quería seguir haciéndolo en el futuro.

—Disculpe, ¿tiene un minuto?

—No.

—¿Puedo leerle algo?

—No, lo siento.

Pero, a continuación, recordando uno de esos consejos para casos de emergencia acerca de cómo disuadir a alguien de cometer un acto violento (“déle conversación”), añadió:

—Bueno, adelante —arrepintiéndose de sus palabras en el momento mismo de pronunciarlas.

¿Acaso lo último que iba a oír en su vida iba a ser una denuncia de los bibliotecarios por su abyecto progresismo?, ¿una condena por todas las mentiras, las decepciones, los engaños, los pecados preservados en los miles de libros que tan celosamente custodiamos, dando incluso su vida en el empeño?

Con algo de embarazo en su voz áspera, el tipo comenzó a leer un pedazo de papel:

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.

Da tus gracias a Dios, joh, sapo!, pues que eres.

*El peludo cangrejo tiene espinas de rosa
y los moluscos reminiscencias de mujeres.*

Sabed ser lo que sois, enigmas siendo formas;

dejad la responsabilidad a las Normas,

que a su vez la enviarán al Todopoderoso...

(Toca, grillo, a la luz de la luna, y dance el oso.)

Esperó unos instantes, dejando tiempo a su oyente para pensar en lo que acababa de oír:



–¿A usted qué le parece?

–¿Que qué me parece?

–Yo lo que entiendo –dijo el intruso–, es que se supone que tienes que sentirte bien si eres un animal. Por ejemplo, una araña o un sapo. ¿Cree que es eso lo que debo hacer?

–¿Hacer qué?

–Pues eso, dar gracias a Dios porque yo soy yo.

–Eso debe decidirlo usted. Tómese su tiempo –revolviendo unos papeles en su mesa– Tómese su tiempo, pero no aquí.

Desconfía de cualquiera que se haga el tonto, se advirtió a sí mismo Perera: no los ves venir. Este tipo sabe bien lo que hace, sacando un poema de Rubén Darío y leyéndoselo en voz alta a un bibliotecario tan orgulloso de su ascendencia española como para conservar el nombre que le dio su querida madre, Alberto, que figura en el rótulo que tiene sobre el escritorio, a la vista de cualquiera que traspase la puerta abierta de su despacho. A lo mejor ha estado en la cárcel por culpa de un chicano apellidado Perera y ahora Perera, el bibliotecario, un hombre de bien, humanitario, ha sido escogido de entre todos sus colegas bibliotecarios.

–¿Qué le parece que está diciendo este tipo? ¿Levántate cada mañana sintiéndote bien por ser quien eres?

–Si eso es lo que a usted le parece que está diciendo, entonces es lo que está diciendo. Esa es la mejor manera de usar un poema.

Por los bolsillos de su parka asomaban más pedazos de papel. Tantos, que algunos cayeron revoloteando al suelo. Paquetes de cigarrillos vueltos del revés, envoltorios de chicle, todo tipo de papeles de colores recogidos de la calle, aventados por el tráfico bajo los pies de los viandantes, que adquirirían un aspecto sobrenaturalmente insólito por el uso que se les había dado: versos y más versos obsesivamente escritos con una caligrafía cuidadosa y apretada.

–La araña, por ejemplo. Piense en esa araña–. Obnubilado por una araña que sólo él podía ver, balanceándose entre él y Perera–. La araña está en su telaraña, que es el lugar al que pertenece. La ha fabricado ella misma, meciéndose de un lado a otro. Sale el sol, las hebras relumbran, la araña siente el calor en su espalda. Vale, está contenta de ser una araña, eso puedo entenderlo. Lo mismo con el grillo, haciendo cri-cri a la luna. Puedo aceptarlo. También el sapo. Puedo entender que le guste el barro, al fin y al cabo nacen en el barro. Es el oso lo que no me convence. ¿Sabe usted si los osos bailan en su estado natural?

–¿Que si los osos bailan?

–Sí, cuando están a su aire–. Una tosecilla, probablemente provocada por la placentera excitación que obtenía de atormentar a un bibliotecario–. Por lo que yo sé –contestándose a sí mismo, antes incluso de haber dejado de toser–, los osos no bailan. No está en su código genético. Le diré cuándo bailan los osos: bailan cuando tienen una soga al cuello. Ahí se equivocó el poeta. ¿Le parece a usted que un oso con una cuerda alrededor del cuello se levantará feliz por la mañana, saludando al sol? Es lo mismo.

–¿Lo mismo que qué?

Como única respuesta, otro acceso de tos, probablemente provocado con la intención de encubrir la diversión que le estaba produciendo ese bibliotecario obtuso con una corbata de seda en torno a su cuello rígido.

–¿Sabe usted algo del tipo que escribió este poema? El oso no lo escribió, de eso estoy seguro.

–No, el oso no lo escribió. Lo escribió Rubén Darío. Un modernista, que hizo avanzar la poesía española hasta la época moderna. Nació en Chile. No, perdón, en Nicaragua. A mí me gusta Lorca. Lorca, ¿sabe usted?, fue asesinado por la Guardia Civil franquista.

¿Por qué ese apunte? Porque, si le sobreviniera a él, Alberto Perera, aquí y ahora, su muerte podría adquirir un sentido semejante: un alma ilustrada que se extingue.

–Cuando dijo eso de “araña, saluda al sol”, ¿dónde le parece a usted que estaba tumbado? –el tipo esperaba, tímidamente.

–¿Por qué iba a estar tumbado? –Siempre esa suposición de que los poetas son unos vagos. ¿Por qué se tergiversan deliberadamente las cosas?

–Lo que quiero decir es –conservando a duras penas la paciencia–: ¿dónde le parece a usted que estaba al salir el sol?

–¿Se refiere a la araña? –preguntó Perera–.

–No, al poeta.

–La araña estaba en su telaraña. No sé dónde estaba el poeta.

–Yo se lo diré: el poeta estaba tumbado en su cama.

–Eso es una suposición.

–No es ninguna suposición. Es la verdad.

–Un poema puede ocurrírsele a uno en cualquier sitio –explicó Perera–, haciendo cualquier cosa: durmiendo, comiendo, incluso hurgando en la nevera o en el momento mismo en que te sientes morir. Imagino que, en este caso, el poeta se levanta una mañana después de una mala noche, dirige la mirada al sol y acepta quién es. Acepta el enigma de su existencia.

–¿Y usted?

–¿Yo qué? ¿Si acepto que soy un enigma?

–Si está contento de ser usted cada mañana.

–Sí, eso sí.

–¿Da usted gracias a Dios?

–Bueno, más o menos.

–Estupendo. Apuesto a que se levanta usted en su propia cama. A eso es a lo que me refiero. El Rubén no-sé-qué ese seguro que no hubiera ideado ese poema si se levantara después de haber dormido en la acera.

–Rubén Darío –dijo Perera– bien podría haber amanecido en una acera. Llevaba ese tipo de vida: opio, absentia... De hecho, es perfectamente posible que ese poema se le ocurriera estando tendido en una acera.

–Pero después se volvía a su cama y descansaba.

Con dedos temblorosos, el tipo recogió sus pedazos de papel de encima del escritorio. ¿A qué ese temblor? ¿Quizá era timidez, al tratarse de una confrontación con un custodio de las virtudes de cada uno de los libros de aquel lugar? Al agacharse para recoger del suelo los papeles que se le habían caído quedó a la vista su coronilla, en el pelo un destello de la vida de las calles y la cultura. ¿Qué edad tendría? No más de treinta, tal vez incluso más joven. Joven, pero ya derrotado.



Al llegar a la puerta, un acceso de tos lo retuvo por unos instantes. De espaldas a Perera, sacó de otro bolsillo del mugriento interior de su parka uno de esos largos pañuelos palestinos que Arafat solía llevar alrededor de la cabeza y que suelen verse en los escaparates de las tiendas de ropa de segunda mano, y vomitó en él lo que fuera que había intentado retener en su interior. Sin decir nada más, se marchó, dejando ver sus tobillos desnudos, sobre los que aleteaban los desastrados bordes de sus pantalones.

Perera lo imaginó arrastrando los pies hacia el vestíbulo, bajando las blancas escaleras de mármol, la grandiosa escalinata interior, el corazón del eterno edificio de granito. En cuanto a la admonición de Darío a la araña de no mostrar rencor, el rencor de aquel tipo rezumaba por todos sus poros. Aun así, su voz ronca era respetuosa y le temblaban las manos. Alguien que se interroga de forma tan implacable sobre el sentido de un poema y traslada las palabras de los poetas a los restos efímeros de las calles seguramente tendrá que volver, con todos aquellos elevados pensamientos en sus bolsillos ayudándole a coronar las escaleras de mármol.

Alberto Perera, bibliotecario, al menos por unos pocos meses más, cercana ya la jubilación, salió a la fría y brumosa tarde. Una rara avis, en una época en la que la consideración de la que gozan los bibliotecarios ha ido disminuyendo, como también se había ido reduciendo su propia cabeza, inclinada durante tantos años sobre los valiosos pormenores de su quehacer, que incluía la selección de poesía, ensayo y ficción literaria. Porque el cráneo encoge, no importa cuánto conocimiento atesore en su interior. Una excepción también por otro motivo: un bibliotecario que no parece tal, con su Borsalino, todo un clásico, en su poder desde hacía ya treinta años, una gabardina estilo Bogart, unas botas inglesas que John Major hubiera querido para sí, una camisa de seda negra y una corbata *vintage*.

Aunque nunca iba tan elegante como él hubiera querido. Hacía ya bastantes años que su pelo rizado color bronce se había vuelto ralo y canoso, y sus párpados, desaparecida ya la romántica caída de su juventud, parecían ahora banderas marchitas a media asta. Su distinción, en cambio, era indudable en el campo de las letras, pues entre los personajes con los que había mantenido correspondencia, la mayoría ya fallecidos, se contaba Hemingway –una carta al joven Perera acerca de la Guerra Civil española–, Samuel Beckett –sobre los críticos, enfangados hasta el cuello en sus obras de teatro–, Neruda –dos de sus poemas manuscritos con tinta color verde–. ¡Un valor incalculable! Incluso una nota de la encantadora actriz británica Vanessa Redgrave, con la que compartió una hora en Londres cuando fue a entregarle un librito poco conocido de cartas de Isadora Duncan, a la que había encarnado en una película. Y más, mucho más. Todo ello guardado en la cámara acorazada de un banco y dispuesto para ser trasladado en un maletín de cuero negro con doble cerradura cuando dejara la ciudad en busca de climas más cálidos. Habría llegado la hora de donarlo todo a una suabasta de objetos literarios, con la condición de que los beneficios se emplearan para establecer un fondo para bibliotecarios sin oficio ni beneficio, cuyas filas él mismo engrosaría próximamente.

Una excepción también por haber escogido vivir en lo que él llamaba el corazón roto de la ciudad, el corazón podrido de la manzana, en donde había decidido quedarse cuando las cosas fueron a peor. Hijo de una familia de refugiados de la España franquista, que hallaron en Brooklyn su patria de adopción, sentía una especial cercanía con los desposeídos de cualquier lugar del globo, una cercanía que se había reforzado con las novelas que había leído en su juventud. Los ofendidos de Dostoiévski, los explotados de Dickens. Dieciocho años atrás había encontrado un apartamento en una cuarta planta, el ático, en un bloque de aire provisoriamente respetable, desde el que se llegaba a pie hasta la biblioteca central, en el centro institucional y administrativo de la ciudad, y a los restaurantes baratos de la calle Geary. Poco después de instalarse, las aceras y los portales de todo el barrio se vieron invadidos por una marea de personajes marginales de toda laya: *skinheads* de cabeza afeitada y tipos que necesitaban un afeitado, mutilados de guerra y drogadictos, parados, sin techo, inmigrantes y, no muy lejos de su casa, prostitutas travestis de uno ochenta y otras no tan altas, de todos los colores. Una auténtica ola, que fue ganando intensidad y que ahora batía a su alrededor cada mañana y cada tarde, en su camino de ida y vuelta a la biblioteca. No había ciudad en el mundo que no estuviera también inundada –o lo fuera a estar próximamente– por refugiados de desastres de todo tipo.

En los días lluviosos como este, siempre se acordaba de los pobres lunáticos, locos incordiantes, que eran expulsados de las ciudades y metidos en barcos que los llevaban arriba y abajo por los ríos de la Renania. ¡Menuda idea! El alcalde, después de haber privado a los sin techo de sus carritos y sus campamentos, seguro que agradecía una idea semejante para limpiar la ciudad: amontonar a las personas sin hogar en uno de esos acorazados de la Segunda Guerra Mundial que se pudren en diques secos o en el fango, y enviarlos al mar: familias enteras, solitarios, chicos que se han escapado de casa, todos ellos, miles de personas, podrían desembarcar en Galveston o en Nueva Orleans, ocultos bajo el manto de una noche medieval.

Cenó en Lefty O'Doul's, en una gran mesa, en compañía de otros hombres de su edad y mujeres que parecían aún mayores. Almas jubiladas, así los llamaba, que venían desde sus pensiones y residencias, con sus olores invernales a naftalina y mentol flotando por sobre el aroma de sus raciones de pavo asado con guarnición. No hay que avergonzarse por tomar una cena sustanciosa mientras los hambrientos deambulan por las calles, se dijo a sí mismo. Y se lo había repetido montones de veces con anterioridad, a lo largo de toda su vida. Sabía por los experimentos de santidad de su juventud que cuando ayunaba por compasión, castigándose por lo que en aquel entonces consideraba abundancia, su conciencia comenzaba a declinar, incapaz de sobrevivir demasiado tiempo sin un cuerpo.

Un brandy en la barra, sobre la que el barman deposita la servilleta con la pregunta de rigor: “¿Cuándo vas a venderme ese Borsalino?”. Y a continuación, dirigiéndose al joven corpulento con jersey de rayas sentado en la banqueta de la izquierda de Perera:

–Este hombre es bibliotecario. Se ha leído todos los libros que hay en la biblioteca pública. ¿Has estado alguna vez?

–Nunca.

–Puedes preguntarle cualquier cosa, lo que se te ocurra.

Y así lo hizo el hombre sentado a la derecha de Perera:

–¿Sabe usted el número de muertos de los dos bandos de la Guerra Civil?

–¿Qué guerra civil?

Tomándolo por un intelectual artero, lo dejaron en paz.

A él le hubiera gustado que lo tomaran por crítico teatral, pasando ante las puertas de los teatros en el momento exacto en el que los espectadores van entrando y se va formando cola frente a la taquilla. Las faldas y los abrigos de las mujeres revoloteando, haciendo fru fru al rozarlo, y una mujer girándose para disculparse, concediendo así un primer plano de su rostro a aquel hombre que parecía



merecerlo: un crítico, del musical que se ponía en escena y también del público, tan dispuesto a aceptar gustoso aquellas canciones frescas y banales.

Pasó junto al majestuoso Hilton, en la frontera del barrio degradado, por cuyo interior de superlujo –que contenía dorados suficientes para colmar el sueño más calenturiento de un decorador de interiores– había paseado una o dos veces. La ventana del ático, la luz más alta del cielo del barrio, era un ojo ciego brillante. Al doblar una de las esquinas del hotel, apoyados en la valla del cíclope, los solitarios y los que se juntaban en corrillos, con los que siempre mantenía una distancia prudencial al pasar, como si de muertos se tratara, experimentando una mezcla de temor y respeto. Y tirados en las aceras, todos esos papeles que siempre había advertido, aunque nunca tan conscientemente como hoy. Alerta a cualquier figura que se aproximara, a cualquier plan que pudieran estar tramando contra él, y cautelosamente amistoso con los grupos de aire más afable –con los que intercambiaba alguna maldición jocosa sobre el tiempo–, fue avanzando hacia su casa. Hasta llegar por fin a la puerta de reja de su bloque, una cancela que separaba la acera de la entrada principal a los pisos y que requería una veloz vuelta de llave con el temor de ser asaltado. La cancela, la cerradura, el miedo: ninguna de las tres cosas estaba ahí cuando se instaló.

Posiblemente era el único hombre en el mundo occidental que usaba gorro de dormir. Se lo puso. Era de cachemir, color gris paloma, tejido doce años atrás por Barbara, su querida amiga y amante, bibliotecaria también, y muy hermosa. Syracuse, Nueva York. Cada año, iban allí de vacaciones. Excursiones arqueológicas, largos paseos. Hace ahora tres inviernos que permaneció junto a su lecho, juntos en sus últimas horas. También ella había mantenido correspondencia con escritores, aunque en su caso habían sido sobre todo mujeres –poetisas, memorialistas–, y también aquellas cartas estaban bajo su custodia. Se puso su pijama de franela a cuadros escoceses, también regalo de Barbara, gastado ya por el uso. Siempre leía en pijama, ya fuera en su sillón, en la mesa de la cocina, o acostado. Junto a la cama, en el suelo, tres libros de esos que ni se le pasaría por la cabeza comprar para una biblioteca. Uno lo había seducido y decepcionado al mismo tiempo, el segundo era insoportablemente huero, y el tercero había conseguido que se quedara dormido, y reposaba, también dormido, boca abajo sobre la alfombra.

Cuando se acostó, sucedió lo inevitable: enseguida comenzó a preguntarse dónde estaría el acosador poético, el acosador de bibliotecarios de tos nerviosa. ¿Habría sido Darío capaz de imaginar que su pequeño pero ferviente intento de aceptar los caminos del Señor iba a acabar en el bolsillo de la parka de un sin techo que trataba de aceptar lo mismo cien años después?

En cuanto se sentaba en su escritorio, comenzaba a sentirse en sintonía, conectado con la vida de la biblioteca. Siempre había sido así, en todas las bibliotecas por las que había ido pasando a lo largo de los años, incluso en las más grandes, con montones de puertas cerradas y toneladas de archivos. Esta mañana el ojo de su mente era un sensor benévolo que iba siguiendo a los usuarios hasta las secciones que elegían. Los veía subiendo en el lento, renqueante ascensor, veía a los que deambulaban lentamente y a los que subían velozmente la gran escalera de mármol, una escalinata que parecía prometer a los que la subían que un ennoblecimiento personal les aguardaba en los pisos superiores.

La mayor concentración de usuarios se encontraba en la sección de periódicos y revistas, refugio tradicional para los ocupantes de habitaciones solitarias, y ahora también para los que carecían de habitación. Todos ellos observaban el silencio preceptivo, excepto el que se había quedado dormido, con la cabeza sobre la mesa, haciendo temblar el periódico que tenía frente a la cara con su respiración glótica. Antes siempre había asientos libres, ahora, en cambio, todas las sillas estaban ocupadas. Y, ¿dónde se encontraba el joven de bolsillos llenos de poesía? En la sección de poesía, cómo no, copiando a mano aquello que el mundo había considerado digno de ser honrado con letra impresa. “Todo lo que hay en los libros representa lo divino, mientras que lo que hay en mí representa lo vil”. ¿Quién dijo esa frase? Un escritor, nacido en la más absoluta pobreza, cuyo nombre recordaría más tarde. Sentirse vil en mitad de todos esos volúmenes divinos: ¡qué rabia envenenada!

–¿Molesto?

La misma parka, tal vez incluso más cochambrosa. El pelo, en cambio, tenía más volumen y mostraba un tono rojizo; la lluvia le había dado un aspecto casi aseado. Sus ojos no estaban más despejados ni más serenos, y en sus manos llevaba cuatro libros que dejó caer sobre el escritorio.

–Esto no es un mostrador de préstamo.

–Ya lo sé. Nunca me llevo nada en préstamo. No tengo domicilio. Y si tratas de llevarte algo sin permiso, te ganas la guillotina, la guillotina en tu cuello.

Tocar o no tocar los libros. Dado que no había ninguna razón de peso para no hacerlo, Perera alzó los cuatro volúmenes, sus manos como atriles.

–A ver qué tenemos aquí. Ah, Rilke, las *Elegías*. Buena elección. Y aquí tenemos a Whitman. Sabe usted elegir. Aquí está Bishop y este otro... ¿Pound? Sublimes, todos ellos. Pero no se sienta usted intimidado, no hay nada sagrado en este lugar, tan solo un montón de personas a las que sus pensamientos estaban volviendo locas, ya fuera una locura eufórica o melancólica, y sentían que tenían que sacarlos fuera: considere lo que usted piensa sobre lo que ellos están pensando. De eso se trata, nada más. Los bibliotecarios sólo estamos aquí para dar una apariencia de orden. Yo no soy ningún sumo sacerdote.

–Ni se me pasaba por la cabeza que lo fuera.

–Ajá –contestó Perera y, entre sus manos, los libros recobraron su gastada existencia, su común humanidad. Uno, observó, tenía una pizca de moho verde en el borde inferior del lomo. Tal vez lo habían dejado a la intemperie un día de ligera llovizna o alguien lo había ido leyendo en el metro.

–¿Podría invitarme a un café? –preguntó el visitante.

–Es curioso que lo pregunte –dijo Perera–. Precisamente tengo aquí mi termo y a estas horas siempre me entran ganas de tomar un café.

¿Qué atentamente había sido observado! Se veía ahora forzado a zambullirse en la familiaridad, un salto que no habría dado sin pensárselo dos veces si este hombre fuera el único sin techo del lugar. Pero tenían la fuerza del número...

Del cajón inferior sacó su termo y su taza de porcelana. La taza de plástico que venía con el termo no era de su agrado, y nunca la había usado. La utilizaría ahora, y sin molestarse en indagar por qué, sacó también la bolsa de papel con las pastas.

–Supongo que puedo sentarme.



© Cortesía de Paz Rodero

Perera asintió con la cabeza y el invitado tomó asiento en la única silla que había en su despacho además de la suya, una silla dura, que no invitaba a sentarse, que sólo usaba de vez en cuando Alexa Okula, la directora de la biblioteca, y Amy Peck, la jefa de seguridad, quien solía detallarle las agresiones que había sufrido aquel día y en qué lugar de la biblioteca habían tenido lugar.

Con las dos manos alrededor de la taza, no había peligro de que se le escapara.

—Es como comerse un pastel —dijo—. Buenísimo, con leche y azúcar.

Se mostraba tímido con las pastas. Algunas migas bajaron rodando por la parka y, cuando llegaron al suelo, las cubrió con sus machacadas zapatillas de deporte.

En aquel momento Perera recordó la tragedia sucedida en la biblioteca de Sacramento. ¿Cuándo había tenido lugar el tiroteo? Justo después de una pequeña fiesta para celebrar el horario ampliado de la biblioteca. Y, ¿qué había hecho después el asesino? Había huido al tejado, donde había sido abatido por la policía. Era bastante fácil imaginarse a sí mismo muerto en el suelo, pero no era tan fácil imaginar a aquel tipo huyendo a ninguna parte, con sus entumecidos tobillos, su calzado demasiado grande, el temblor de su cuerpo.

—¿Recuerda ese poema?

—No al pie de la letra —dijo Perera—. No lo memoricé.

—Pero se acuerda del oso, de la araña y del sapo, ¿verdad? De cómo se suponía que debían saludar al sol porque eran lo que eran, ¿no?

—Sí, me acuerdo.

—Lo que me gustaría saber es, ¿qué soy yo?

—Bueno, puede hacerse a la idea de que es usted un ser humano —dijo Perera.

—Es justo lo que pensé que diría. Y seguramente pensaba añadir algo así como que soy un ser humano por el sudor de mi frente. Pero, ¿y los castores? Eso no tiene en cuenta a los castores. Los castores construyen presas. O piense en esos pájaros que reúnen todo tipo de materiales para hacer un nido para la hembra que han elegido. Muchos pájaros lo hacen, yo los he visto: no pueden parar de recoger hierbas o cualquier otra cosa que se encuentran, recogen esto y lo otro, y van y vuelven en un segundo. También hay animales que excavan madrigueras, túneles increíblemente largos bajo la tierra. No sudan, pero sí trabajan. Lo que hacen es trabajo, pero eso no los convierte en humanos.

—El trabajo no capta la esencia, ya veo —dijo Perera, y en ese mismo instante advirtió que tampoco él era capaz de captar la esencia y deseó no haber empleado esa palabra. Sólo podía traerle problemas.



–De acuerdo, pensemos en usted –dijo el visitante–. ¿Diría que es usted humano?

–Siempre me han hecho pensar que lo soy, sí –contestó Perera.

–Y usted basa su creencia –continuó el invitado– en que está usted contratado para vigilar esta biblioteca y para que cada libro esté en el lugar que le corresponde; además tiene también cada libro en un ordenador, con su título, su número de referencia, el nombre del tipo que lo escribió, y a lo mejor hasta tiene en su cabeza la razón por la que fue escrito. Así que puede usted decir que es humano, y tal vez incluso está contento por ello, aunque no lo parezca. Bien, ahora pongamos que termina su jornada laboral y se marcha andando a casa. O se va a algún sitio a cenar y se toma una ración de pavo o lo que tengan: carne, pollo, albóndigas... Luego se da un paseo hasta el teatro, y a lo mejor hasta se saca una entrada de cincuenta dólares en un palco. Después se va a su apartamento, que está en un barrio malo, *muuuuy* malo, y abre usted la puerta. Y después, ¿qué?

–No se me ocurre.

–No tiene que ocurrírsele nada: está usted en su propia cama. Tendido sobre un colchón que se amolda perfectamente a la postura de su cuerpo. Tal vez incluso tiene una manta eléctrica. Tiene almohadas de plumas de verdad, a lo mejor hasta son de ese plumón que sacan del trasero de un par de cientos de patos... Y buenas noches.

–¿Así que ahora puedo estar seguro de que soy un ser humano?

–Y entonces sale el sol y, ¿qué es lo que dice? Pues dice lo mismo que la araña: Hola sol que estás ahí arriba, he pasado una noche estupenda en mi telaraña y ahora voy a ver si me como unos cuantos moscardones más. Buenos días, dice el sapo, voy a volver a pasar el día en este cálido barro. Hola, dice el oso, voy a ver si bailo un poco más con esta cuerda al cuello. Hola, dice Alberto Perera, un día más, me voy a ir a la biblioteca y voy a charlar con ese tipo que no consigue entender por qué no puede saludar al sol como todos los demás.

Un cierto rubor había aparecido en la cara del tipo, cubriendo su palidez y las marcas de su rostro, cubriendo todo aquello que resultaba hoy más atrozmente patente. Sacó de su parka el pañuelo palestino y escondió en él la cara tosiendo, expulsando en él algo atormentadoramente profundo.

Alexa Okula, la directora de la biblioteca, que había oído el estruendo al pasar, se detuvo a echar un vistazo al interior del despacho y Perera levantó una mano para indicarle que no debía temer por su seguridad. No se le escapaba nada, tan solo los años, todos aquellos años de su vida custodiando toneladas de libros y toneladas de granito. Próxima ya a la jubilación, al igual que él, todo lo que le quedaría sería el enjuto profesor emérito que tenía por marido y sus caniches. Mientras que a él le esperaba el mundo entero.

El tipo estaba sentado mirando al suelo, tratando de recuperarse de la batalla perdida contra su tos.

–¿Cree usted que podría pasar la noche aquí?

Con un “imposible” en la punta de la lengua, Perera guardó silencio. Todas las personas, por extravagantes que sean, tienen derecho a encontrar alojamiento.

–Aquí dentro uno debe sentirse seguro.

–No se crea –dijo Perera–, esta fortaleza se encuentra en un estado de deterioro tremendo. El último terremoto causó algunos desperfectos, que vinieron a sumarse a los daños provocados por los recortes de presupuesto y a los que han ido produciendo los vándalos. El paso del tiempo también ha puesto su granito de arena. El edificio entero podría derrumbarse sobre usted mientras duerme.

–Bueno, eso no me preocupa –dijo el suplicante–. Aquí dentro nadie me va a rociar con gasolina para después prenderme fuego. Aquí nadie me apuñalará, ni aunque sea de noche. He perdido mi petate. Le dejé mis cosas a esa mujer que es amiga mía: tenía sitio en su carrito. Llevaba una camisa para cambiarme y papeles importantes. Tenía una carta de un tipo para el que estuve trabajando en la costa. Se me daba bien lo de recoger erizos de mar, de esos que mandan a Japón por toneladas. Allí les encantan. Después desaparecieron. Donde había erizos de mar empezaron a aparecer otras cosas, ensuciando las aguas. Se lo digo porque yo no bebo, ni me drogo, ni fumo, así que puedo asegurarle que no prenderé fuego al edificio si me dejan dormir aquí. –Hablaba deprisa, intentando ganarle la carrera a su tos–. Los policías se llevaron sus cosas y las mías, y lo echaron todo en el camión. Órdenes del alcalde. Ella perdió sus fotos de familia, y a su gato, que estaba atado al carro y siempre se sentaba arriba del todo. Ella lloraba. Y yo estaba aquí dentro, hablando con usted.

–Debe de hacer un frío escalofriante aquí por la noche –dijo Perera.

–Tal vez sí, tal vez no, y si llueve es posible que el tejado aguante y no haya goteras.

–Estará oscuro, supongo –añadió Perera–. Nunca lo había pensado. Me parece que antes solían dejar unas pocas luces encendidas, pero ahora lo apagan todo. Por ahorrar. Me imagino que una vez que se apagan las luces no se verá absolutamente nada aquí dentro. Perderá el sentido de la orientación, se encontrará ciego como un murciélago y yo no estaré aquí para indicarle cómo ir al baño; ni siquiera yo mismo sabría encontrarlo. Es posible que haga pis sobre algunas de las más nobles mentes que jamás hayan puesto por escrito sus pensamientos.

–Yo no haría eso.

–No sería la primera vez que los maltratan así, pero ni usted ni yo lo haríamos. Así que supongamos que está usted tanteando el camino, buscando un lugar confortable donde dormir. Okula tiene una alfombra en su despacho y allí suele hacer calor. Emana una calidez que probablemente se conserve por la noche. Pero, ¿cómo llegar hasta allí?

–Conozco el camino.

–Eso es lo que usted cree –dijo Perera.

–Lo que puede hacer cuando termine su jornada laboral, ¿sabe?, es, simplemente, dejarme aquí dentro y cerrar la puerta. No me importa si cierra con llave.

–Cerraré con llave, sí –dijo Perera–, pero no con usted dentro.

–¿Queda algo de café?

Perera se lo sirvió, mientras pensaba que debía lavar cuidadosamente la taza de porcelana. Si era una neumonía lo que aquejaba a aquel hombre joven, en él, que le doblaba en edad, se ensañaría aún más despiadadamente. Y si era tuberculosis, probablemente supondría su fin, minándolo con voraz velocidad justo cuando estaba a punto de emprender sus años más provechosos.



Esta vez el invitado se tomó más tiempo para beberse el café, como si el café caliente tuviera que ir tanteando el camino a través de las laceraciones de la garganta.

–Supongamos que es una oscuridad como las tinieblas que cubrían la faz de la tierra al principio de los tiempos –dijo Perera–, la misma oscuridad a la que quieren devolvernos los creacionistas. Oscuridad total, y tiene que buscarse un lugar confortable... Ahora supongamos que se encuentra frente al primer escalón de la escalinata de mármol, arriba del todo, pero no lo sabe. Da un paso, y cae rodando. Por la mañana, abren la biblioteca y encuentran su cuerpo.

–¿En serio?

–Saldrá en todos los periódicos, en Nueva York, París, Tokio. Un sin techo que buscaba refugio en la biblioteca central de San Francisco cae por las escaleras y muere. En una biblioteca, imagínese, ese monumento a la inteligencia de la humanidad. Yo declararé que usted se pasaba por aquí de vez en cuando para charlar sobre poesía. Diré que habíamos pasado muchas horas placenteras hablando de *Filosofía*, de Rubén Darío.

Había un hondo desprecio en la mirada que Perera encontró ante sus ojos.

–¿Qué es lo que me está queriendo decir? ¿Me está diciendo que me tienda y me muera?

–En absoluto. Lo único que le estoy diciendo es que no puede pasar la noche en la biblioteca.

Con un cuidado cargado de desdén, el tipo dejó la taza de porcelana sobre la mesa y se puso en pie.

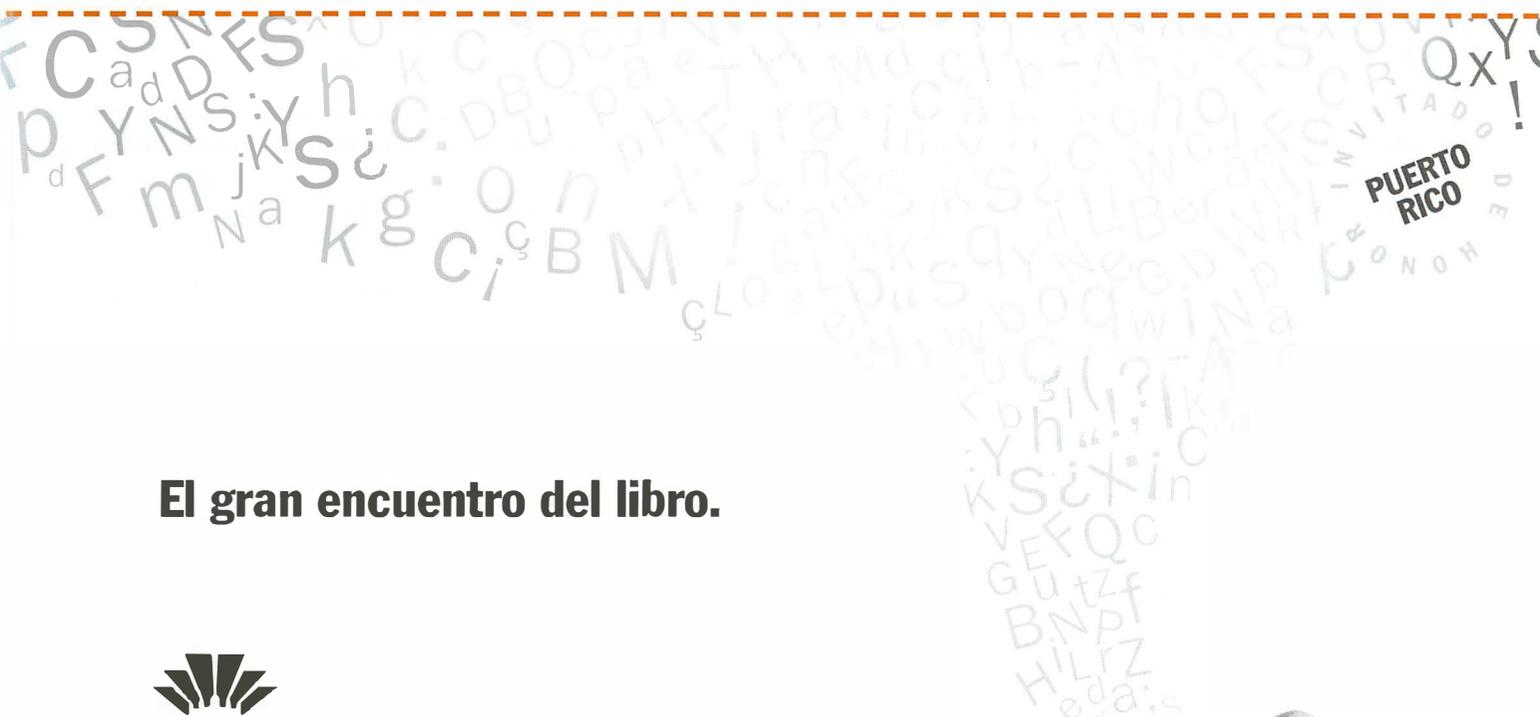
–¿Quiere que le diga qué es lo que dice ese poema? Lo mismo que está diciendo usted: si no puedes saludar al sol, si no puedes tocarle a la luna, entonces, ¿qué es lo que estás haciendo aquí?

–No, no es eso lo que dice –dijo Perera.

–Váyase al diablo, eso es lo que yo le digo.

Se marchó, dejando tras de sí su maldición. Una maldición tan común, tan repetida, que tenía ya poco peso.

Hora de cerrar, el personal y los usuarios más remolones expulsados todos ellos a través de una puerta lateral hacia la temprana oscuridad, hacia la lluvia. Perera abrió su paraguas, algo más grande que los ordinarios, comprado en Londres el mismo día que conoció a la actriz, tantos años atrás. Jamás se daba la vuelta, le prometió el dependiente, ni con un tifón como los de Conrad. Y en efecto, hasta ahora la promesa se había revelado cierta. Otros vientos sacudían las vidas de la gente, dándoles la vuelta de arriba abajo, mientras este paraguas tan snob se mantenía intacto. Un cierto sentimiento de superioridad, ese era su problema. Un defecto del que siempre había sido consciente y que, aun así, siempre le pillaba por sorpresa. Y, ¿qué tenía de especial Alberto Perera para tenerse por una persona tan inteligente? Bueno, podía participar en esa suerte de lúdica frivolidad de la que disfrutaban los listos cuando se encuentran en presencia de aquellos que suponen no tan listos. Podía tomar parte en ese robo jovial y rápido de reflejos, en esa banalización de la verdad trágica de otra persona, una práctica que aborrecía allí donde la descubría.



El gran encuentro del libro.



Fira Barcelona

Liber

28ª FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO

Recinto Gran Via

29.09.10

01.10.10

www.saionliber.com

Aerolínea Oficial



A STAR ALLIANCE MEMBER





Avanzaba a través de la lluvia coloreada por los neones, las gotas centelleando iluminadas por los faros de los coches, una pugna incesante en la que ninguna luz lograba estar a la altura de la oscuridad. “En la degradación hay certidumbre”. Puedes pasarte toda la vida tratando de descifrar unas líneas sin quedar nunca satisfecho con los significados que encuentras. Hasta que, abriéndose paso a través de un sinnúmero de obstáculos, aparece al fin un sentido seguro, porque, ahora sí, ha llegado su momento, certificado por las miles de personas que a saber dónde se encuentran esta noche, ocultas en sus guaridas y madrigueras de cemento. En nada más hay certidumbre, no importa lo que atesores, sean toneladas de oro, sea una biblioteca de diez mil millones de volúmenes; y si piensas que puedes eludir esa certeza, hallará la manera de colarse en tu vida, subirá a hurtadillas la escalinata de mármol, irrumpirá en tu santuario y te encontrarás tan degradado como los demás.

Cada día, a la hora de comer, Perera lo buscaba en la larga cola frente a Saint Anthony, hombres y mujeres entrando lentamente a por su comida gratis. Después del trabajo subía las escaleras del Hospitality House y echaba un vistazo entre los hombres sentados en aquella desaparecida colección de sillas desvencijadas, cada día hombres diferentes, y cada hombre sintiéndose desconcertado por encontrarse entre todas aquellas personas sobrantes. Aunque sabía que tampoco allí lo encontraría. Aquel tipo era un solitario, se escondía, temiendo probablemente que su tos fuera motivo para detenerlo.

Una manta de lana enrollada, un gran termo de café caliente, una docena de paquetes de pañuelos de papel, un grueso jersey de cuello alto y unas zapatillas de deporte. Perera fue llevando todo aquello a su despacho poco a poco, a medida que los días iban pasando, y en aquellas ofrendas percibía el mismo aire de futilidad que en los primitivos ritos funerarios de disponer ropas y alimentos para los difuntos.

Se aventuró incluso en la librería de viejo que había cerca de la biblioteca, procurando no respirar el polvo invisible que desprendían las elevadas pilas de libros en estado de desintegración, y en la lóbrega sección de poesía se topó con algunos hallazgos inesperados. ¡Ajá! Michaux, “Te vas sin mí, vida mía”, Trakl, alma triste y suicida, “Bajo las estrellas, un hombre solo”, Anna Ajmátova, “Las montañas se doblan ante tamaña pena”, y ¡oh!, también Machado, “Se le vio, caminando entre fusiles”. Anotaciones en los márgenes, un poema manuscrito de un lector en la página del título, horarios de autobuses, indecifrables galimatías y pensamientos garabateados a lápiz entremezclados con los de imprenta. Deseaba guardar para sí aquellos delgados volúmenes, pero actuó como había planeado. Compró una parka de nylon verde en una tienda de saldos en Market Street, metió los libros en los bolsillos interiores y dejó la parka, bien doblada, sobre la pila de libros.

A la mañana del duodécimo día, antes de la hora de apertura al público, Perera entró por la puerta lateral, calzando unos zapatos de plástico estilo Oxford, fabricados en China, que un amigo de la calle que llevaba unos iguales le había recomendados por su comodidad. El guarda de la puerta lo condujo en silencio hasta el pie de la escalinata de mármol, donde se encontraba Okula, junto con algunos policías, paramédicos y otros bibliotecarios, reunidos en torno a un hombre tendido en el escalón inferior.

Perera nunca se había desmayado y no iba a hacerlo ahora, a pesar de que sentía cómo toda la fuerza de su inteligencia abandonaba su bóveda craneal dejándolo en la más absoluta oscuridad.

—Mr. Perera —dijo Okula, sin dirigirse a él— conocía a este hombre, ¿no es así?

Nadie le preguntó, aunque Perera les dejó tiempo.

—De vez en cuando —dijo— se pasaba por mi despacho. Mi puerta suele estar abierta —le sudaba el cuero cabelludo—. ¿Se ha caído?

—Más bien parece que se tendió y murió. —La voz del paramédico sonó inapropiadamente juvenil—. Tuberculosis. Eche un vistazo a esos trapos.

—¿Dice usted que lo conocía? —preguntó un policía— ¿Sabe cómo se llamaba? No lleva nada en los bolsillos.

—No —dijo Perera.

—¿Tiene idea de dónde podía esconderse aquí en la biblioteca?

—Hay cientos de sitios —fue Okula quien contestó—. Revisamos la biblioteca cuidadosamente, pero si alguien quiere quedarse, también puede ser muy cuidadoso.

—Lo que necesitan es un par de perros. Los pastores alemanes son muy buenos. O los doberman. Una pareja de perros bien entrenados peinaría este lugar en media hora.

Arrodillándose junto al cuerpo, Perera miró más de cerca aquel rostro, más de cerca que cuando se sentaron en su despacho, hablando del reino animal. Ahora aquel joven no era nadie, confirmado al fin su temor de cuando aún estaba vivo.

Absolutamente sobrante, en eso se convierten los muertos.

—¿Alguna vez le molestó este hombre?

Sabía que tardaría muchos meses en volver a ser capaz de hablar sin tener que contener las lágrimas. Los hombres que hablan son insoportables de oír y abominables de ver, él entre ellos. Pero aún peor era todo lo que había sido escrito, ese flujo sin fin de letra impresa, las cubiertas de los libros, los estantes que llenaban de arriba abajo aquel almacén de insondable oscuridad.

—No, nunca me molestó.

La puerta de su despacho estaba cerrada, pero no con llave, tal como él la había dejado. Sobre su mesa, lo que parecía ser el contenido de una papelera, pero no de la suya: no le resultaba familiar. Mil tipos distintos de trozos de papel, los fragmentos y pedazos que su visitante había ido sacando de su parka verde. Folletos publicitarios, sobres, una bolsa de papel de una tienda de saldos, tarjetas de visita desechadas. En todos ellos, la apretada letra que ya conocía. Al copiar a mano aquellas ideas apasionadamente extrañas, ¿tal vez había querido convencerse de su semejanza con esos otros hombres? Un allanamiento distinto. Un hombre joven que allana su propia morada.

Perera se sentó ante su escritorio, se puso las gafas, y extendió los fragmentos de papel frente a sí todo lo cuidadosamente que le permitieron sus temblorosas manos. ▶

Traducción de Carolina del Olmo

Reprinted by the permission of Russell & Volkening as agent for the author. Copyright © 1996 by Gina Berriault